

El otro yo.

La vida compartida como forma de resistencia.

1. El instinto del otro.

Antes de aprender a hablar y tener conciencia de nosotros mismos, ya estamos buscando al otro. El bebé que llora en la cuna no sabe qué es la soledad, pero sabe que algo le falta. Y lo que le falta no es comida ni calor, es la presencia de alguien que le mire, le hable y le sostenga.

Esa búsqueda no es una construcción cultural, es un instinto, una fuerza anterior al lenguaje y a la moral, que nos empuja a buscar en otra persona un reflejo de nosotros mismos.

La tesis de este ensayo es que esa búsqueda no es una debilidad ni una dependencia patológica, sino la condición de una vida plena. El ser humano no es un individuo autónomo que luego se relaciona. La experiencia de encontrar a otro yo, de disolver el propio yo en el de otra persona, no es una pérdida de identidad, sino una forma superior de conciencia que nos hace más humanos.

El capitalismo nos quiere solos, competitivos y consumidores. Por ello, la vida compartida es una forma de resistencia.

2. La disolución del yo.

No es fácil describir la experiencia de compartir la vida con alguien a quien se considera una prolongación de uno mismo. No hablo de sexualidad, ni de romanticismo, ni de las promesas que se hacen en las bodas. Hablo de algo más cotidiano y profundo, de la sensación de que el otro no es un extraño, sino una parte de ti. Compartir la comida, las películas, las opiniones sobre lo que acontece, los amigos, el día a día, sentir que el otro no te quita, te suma.

Esa disolución del yo no es una pérdida, es una ampliación. Cuando el otro sufre, tú sufres. Cuando el otro ríe, tú ríes. Y no porque se sea empático o generoso, sino porque el otro es, en cierto modo, tú. La frontera entre el yo y el tú se vuelve porosa y esa porosidad es la experiencia más intensa de pertenencia que existe. No perteneces a una nación, ni a una clase, ni a una ideología; perteneces a alguien y ese alguien te pertenece.

3. El otro como espejo.

El filósofo Martin Buber distinguió entre la relación "yo-ello" y la relación "yo-tú". En la primera, el otro es un objeto que utilizamos. En la segunda, el otro es una presencia que nos interpela. La vida compartida es la relación "yo-tú" llevada al extremo. El otro no es un medio para nuestros fines, ni un espejo en el que nos miramos para confirmar nuestra identidad, es una presencia que nos constituye.

La mirada del otro nos devuelve una imagen de nosotros mismos que no podríamos obtener solos. No sabemos quiénes somos hasta que alguien nos lo dice. No sabemos qué valemos hasta que alguien nos lo muestra. El otro es el espejo en el que nos reconocemos y, cuando ese espejo desaparece, la imagen se vuelve borrosa. Por eso la soledad no deseada es tan devastadora. No solo nos falta compañía, nos falta el reflejo que nos confirma que existimos.

4. La resistencia a la soledad.

El sistema nos quiere solos porque la soledad es rentable. El que está solo consume más, paga por compañía, entretenimiento, terapias y aplicaciones que le prometen encontrar a alguien. El que está solo es más dócil, no tiene a nadie que le pregunte por qué llega tarde, por qué no protesta o por qué acepta lo inaceptable. El que está solo es más fácil de gobernar.

Frente a esa lógica, la vida compartida es una forma de resistencia. No se trata solo de amor, sino de supervivencia emocional. La pareja, la amistad profunda o la comunidad son formas de escapar al individualismo que el capitalismo nos impone.

Zygmunt Bauman describió la fragilidad de los vínculos en la modernidad líquida como relaciones descartables, como compromisos que duran hasta que dejan de ser cómodos. En ese contexto, la vida compartida es una excepción y las excepciones son lo que nos salva.

5. La vulnerabilidad compartida.

Pero la vida compartida no es solo alegría, también es vulnerabilidad. El otro puede enfermar, morir o irse. Y cuando eso ocurre, el yo que se había disuelto en el otro se rompe. La filósofa Judith Butler ha señalado que la vulnerabilidad es una condición compartida. Pero cuando compartimos la vida con alguien, esa vulnerabilidad se multiplica. El dolor del otro se convierte en tu dolor y la muerte del otro se convierte en tu muerte.

Esa es la cara oculta de la disolución del yo. No puedes protegerte del sufrimiento del otro, porque el otro eres tú. Y cuando el otro se va, no solo pierdes a alguien, pierdes una parte de ti mismo. La vida compartida exige aceptar esa fragilidad y esa aceptación es una forma de lucidez. No hay amor sin riesgo, ni vida compartida sin la posibilidad del desgarro.

6. La vida con el otro.

La vida compartida no es una utopía, es una práctica. Requiere tiempo, atención y cuidado. Requiere reconocer que no somos individuos autónomos, sino seres en relación. Requiere aceptar que el otro no es un proyecto que hay que mejorar, ni un espejo que hay que pulir, sino una presencia que hay que habitar.

La clave no consiste en cómo encontrar al otro yo, porque esa búsqueda es un instinto que nos acompaña desde que nacemos. La clave es qué tipo de sociedad construiríamos si pusiéramos la vida compartida en el centro, en lugar del individuo aislado.

Una sociedad que valorara los vínculos, el cuidado y la interdependencia sería una sociedad más habitable, una sociedad que entendería que el yo no es una fortaleza, sino una relación, y que reconocería que la soledad no es una elección, sino una condena que el sistema nos impone.